

Manuel Ancízar y sus *Lecciones de psicología y moral*

Gilberto Loaiza Cano

PREMIO NACIONAL DE HISTORIA, COLCULTURA, 1994

Resumen Manuel Ancízar (1811-1882) nació en Santafé de Bogotá, pero su familia debió refugiarse, en tiempos de la Independencia, en la isla de Cuba; allí vivió desde 1821 hasta 1839, después pasó a Venezuela, donde estuvo hasta 1846, año de su definitivo retorno a la Nueva Granada. En consecuencia, la formación intelectual de Manuel Ancízar transcurrió lejos de los claustros santafereños y en contacto con fuentes ideológicas diferentes a las de sus compañeros de generación en la Nueva Granada. Eso determinó su filiación con el eclecticismo filosófico que se difundió entre algunos intelectuales de La Habana y Caracas. Las *Lecciones de psicología y moral* fueron publicadas por Ancízar en Venezuela, mientras regentaba el Colegio Nacional de Carabobo. Este ensayo sobre el libro de Ancízar hace parte de los capítulos dedicados a la formación intelectual de quien llegaría a su país natal a contribuir en la formación de una cultura científica.

1. Antecedentes y Polémicas

En la ya clásica obra de Jaime Jaramillo Uribe sobre el pensamiento colombiano del siglo XIX, Manuel Ancízar no ocupa lugar relevante; todo lo contrario, su caracterización ideológica es muy discreta. Pero lo menos importante ahora es preparar una exaltación de lo que dejó consignado Ancízar como pensador liberal y como difusor de particulares tendencias filosóficas de su tiempo. Es preferible

reconstruir y explicar la hasta hoy desconocida iniciación de este intelectual neogranadino en los temas de la filosofía; iniciación que estuvo estrechamente relacionada con una fecunda época de réplicas, publicaciones y debates entre los atentos escritores liberales cubanos durante la década de 1830.

La formación intelectual de Manuel Ancízar transcurrió lejos de los claustros santafereños; desde 1821 hasta 1839 permaneció en Cuba, donde llegó su diezmada familia después de un penoso viaje de destierro. La ignorancia sobre este trayecto preliminar de Ancízar, antes de retornar definitivamente a la Nueva Granada, en 1846, había hecho difícil ponderar la contribución de Ancízar al pensamiento colombiano del siglo XIX. Por eso, al reconstruir los antecedentes y fijarnos en el fruto más evidente de sus filiaciones ideológicas, *Lecciones de psicología y moral*, podemos relativizar la afirmación de Jaramillo Uribe, afirmación que sostiene una similar formación intelectual en Miguel Samper y Ancízar. Según el historiador colombiano, ambos fueron "formados en la escuela de los negocios, en la lectura de escritores ingleses y en la observación de la historia política de Gran Bretaña"¹.

Revisemos esa afirmación. La más somera mirada a la trayectoria política de Ancízar indica su desprecio por el modelo político británico y su encantamiento, casi acrílico, con la democracia norteamericana. Mientras tanto, sus pretendidas lecturas inglesas fueron apenas unas de las tantas inquietudes de formación intelectual en La Habana y, en verdad, no constituyeron la fuente definitoria de sus inclinaciones en cuanto a filosofía y a pensamiento político. Leyó y tradujo a Bentham con el mismo interés que leyó a Condillac y a las prolongaciones sensualistas vertidas en la obra de Destutt de Tracy. Sus *Cuadernos de apuntes* en La Habana conservan en buena medida el testimonio de la transición que cumplió Ancízar desde el inicial apego a las tesis sensualistas hasta la casi definitiva inclinación por el espiritualismo de Cousin. Es decir, Manuel Ancízar estuvo más cerca de los pormenores del pensamiento filosófico francés, lo cual se debió, ante todo, al influjo que ejercieron sobre los jóvenes estudiantes de la década de 1830 en Cuba los más esclarecidos epígonos de una u otra tendencia en materia de filosofía.

¹ Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Editorial Te mis, Bogotá, 1982, p. 199.

La filosofía sensualista de Condillac y su continuación en Destutt de Tracy conformaron, hasta el inicio de la década de 1830, el pensamiento filosófico por antonomasia de los liberales hispanoamericanos; era el más nítido nexo con los ideales ilustrados de la Revolución Francesa. Pero en la confusión ideológica de la primera mitad del siglo XIX, florecieron otras opciones que señalaron ruptura con la tradición filosófica de la Ilustración. Así se verificaron adhesiones hacia un representante del liberalismo moderado, coadjutor de la Restauración en Francia y hegeliano bastante superficial, como fue Víctor Cousin.

En Cuba, primero fue el magisterio del presbítero Félix Várela, sensualista irredento, defensor a ultranza de los postulados de Condillac; posteriormente, fueron los hermanos Manuel y Zacarías González del Valle, principales responsables del atemperamiento de los libros de Víctor Cousin. Y en ese lapso se forjaron contradictores y defensores tanto de la doctrina de Condillac como de la novedades del ecléctico Cousin. De ese modo era inevitable que despertara en Ancízar el interés por la filosofía, interés que muchas veces no cabía en las estrechas aulas de la Universidad de San Gerónimo. Por eso, en 1829, Ancízar le escribe a un condiscípulo suyo pidiéndole que le ayude a esclarecer un dilema que comienza a esbozar y que no es otro que la duda sobre la consistencia filosófica de los postulados de Condillac que, hasta entonces, parecían incuestionables. La introducción de su epístola es bastante diciente acerca de la imposibilidad de hallar respuestas satisfactorias entre sus maestros: "Como la duda que voy a proponer nunca se ha resuelto satisfactoriamente en nuestras aulas, he pensado sería mejor que un condiscípulo aplicado y de luces la resolviera con la detención que se merece, y con sólidas razones que me convenzan y aparten de una opinión que he creído cierta"².

Y la duda que inquietaba a Ancízar tenía que ver con el origen y la naturaleza de las sensaciones:

¿Y qué son las sensaciones? Son unos verdaderos efectos causados por los objetos que queremos conocer, pero ya he demostrado y es innegable que los "efectos son de la misma naturaleza de sus causas", o lo que es lo mismo, muy semejantes a ellas: luego las sensaciones que son unos meros efectos, son de la misma naturaleza de sus causas y muy semejantes a ellas: luego la sensación de verde, por ejemplo, que me causa un cuerpo, es de su misma naturaleza, y lo mismo diremos de las demás sensaciones. De lo que se sigue que todo lo que se observa en los cuerpos es semejante a las sensaciones recibidas, y de consiguiente, que son verdes, fríos, calientes, etc.³

Al final de la carta apelaba a una frase de las *Lecciones de filosofía* del padre Várela para pedir explicaciones sólidas que dejaran satisfecha su inquietud:

Quizá se querrá destruir este argumento, como muchas veces ha sucedido, con la leve razón de que "en los cuerpos no existe la sensación que recibimos", esto es, que en ellos no se efectúa el sacudimiento o inmutación de nuestras fibras. Yo convengo en ello; y lo único que con esto se prueba es que los cuerpos no están organizados ni son sensibles a nuestro modo, pero no que dejen por esto de ser verdes, fríos, calientes, pesados, etc.

Yo pido razones fuertes y sólidas que hieran directamente el argumento. Dejemos a los sistemáticos los subterfugios y "abracemos la verdad aunque sea contraria a la doctrina que seguimos".

Y en el mismo *Cuaderno de apuntes*, al lado de la carta a su amigo Morales, seguía la traducción de un fragmento del *Course d'étude* de Condillac. Un par de años después, colaborando para el *Diario de La Habana*, el joven Ancízar haría más evidente su preocupación por renovar los métodos de enseñanza de la filosofía. Esa argumentación la sostuvo en sus posteriores polémicas con el filósofo Rafael Acevedo en Venezuela, y consistía en defender un orden de acercamiento a las preocupaciones filosóficas que partiera de lo más concreto hasta llegar a lo más abstracto. Primero los conocimientos elementales de la lengua materna, de la gramática general, luego la lógica, más tarde las "doctrinas puramente abstractas":

El estudio de la filosofía requiere una época en que el hombre sea capaz de reflexionar, y su juicio se halle formado por los conocimientos anteriores, que son

2 Epístola a Rafael Morales, La Habana, abril de 1829, en Cuaderno de apuntes, Archivo Ancízar.

3 Ibidem

la base del saber, y por la lectura de los clásicos, para conocer su idioma, y hallarse preparado para formarse un buen estilo ¿Acaso cabe en lo posible que un joven incapaz todavía de poderse expresar bien, ignorando su mismo idioma, y en una edad en que su imaginación se halle ocupada en pueriles juegos pueda ser un lógico? ¿Podrá, por ventura, tomar en la consideración que se merecen los preceptos de la moral sublime, penetrar hasta las fuentes de donde emanan y remontarse a las aplicaciones de que son susceptibles? Muy lejos de sus alcances las abstracciones metafísicas, ¿qué idea, qué juicio formará de esta interesante y productiva parte de la filosofía?

En el período de la vida en que las impresiones materiales son los únicos móviles que pueden señalar la senda que debe seguir el hombre, las doctrinas puramente abstractas de la metafísica, muy lejos de producir los efectos que deben, no pueden menos de arrojar su entendimiento por desesperados y peligrosos caminos(...)⁴

Ancízar pasaba paulatinamente de ser heredero de una tradición para convertirse en el heraldo de un nuevo proyecto ideológico. Su contacto con el gabinete de los hermanos González del Valle, los más decididos receptores y divulgadores de las tesis de Cousin en Cuba, tuvo que dejar huella indeleble en el joven estudiante de derecho en La Habana.

¿Qué implicaba adherirse a las tesis del filósofo francés? El año 1815 había marcado en Europa no sólo una reacción política virulenta contra los legados de la Revolución Francesa. En lo filosófico y en lo literario indicaba una ruptura con el materialismo de los ilustrados y un retorno a un misticismo que ambientó el nacimiento del movimiento romántico. Los llamados *ideólogos*, como Destutt de Tracy y Pierre Cabanis, quedaron revaluados como los últimos representantes de la gloriosa tradición filosófica del siglo XVIII. Mientras tanto, regresaba a Francia, procedente de Alemania, Víctor Cousin (1792-1867). Al iniciar sus lecciones de 1818, primero en la Escuela Normal y luego en la Universidad de París, Cousin expuso los fundamentos de un sistema de filosofía moral que se basaba, dicen que mediocrementemente, en las enseñanzas que había recibido de su amigo Hegel y de Tenneman, un discípulo de Kant que era autor de una *Historia de la filosofía* cuya traducción al francés fue confiada al propio Cousin. Junto con Royer Collard, el introductor en Francia de la escuela escocesa del sentido común, Víctor Cousin dominó el escenario académico de su país durante la primera mitad del siglo. Más claramente que aquel, se convirtió en el representante filosófico de la monarquía constitucional de Luis Felipe, impartiendo su filosofía ecléctica y dirigiendo la instrucción pública francesa. Estuvo íntimamente vinculado con sociedades secretas y, al lado de Guizot, Thiers, Constant -los *doctrinarios*- se encargó de justificar ideológicamente la autoridad religiosa y política que se impuso durante la Restauración.⁵

Seguir las tesis de Cousin, por tanto, podía implicar algo más que adherirse a una doctrina filosófica, era, tal vez, acoger una teoría de la sociedad que sirvió de soporte a la Restauración en Francia. Para 1830, ya se conocía en el nuevo continente su traducción del *Curso de historia de la filosofía moderna*, cuya introducción anunciaba el nacimiento de una nueva corriente filosófica, la del eclecticismo; más tarde se leyó su escrito *De lo verdadero, de lo bello y del bien* que, aunque publicado en 1838, contenía sus lecciones de 1818. Y también se conocía y discutía con ardor su *Examen crítico de la filosofía de Loche*, publicado en 1830, definitivo ajuste de cuentas con las teorías sensualistas.

La querrela antisensualista adquirió en Cuba relieve importante a fines de la década de 1830. Es decir, cuando Ancízar se disponía a partir de la isla ya se agitaba la polémica entre los defensores del viejo sensualismo y quienes reproducían con entusiasmo las tesis del espiritualismo de Cousin. Los hermanos Manuel y José Zacarías González del Valle, más el primero que el segundo, se habían dedicado a la aclimatación de esa nueva corriente. En 1840, el segundo de los hermanos había publicado unos *Rasgos históricos de la filosofía* que evocan el esquema expositivo al que acudió Ancízar en el prefacio de su libro. Ese mismo año, el otro González del Valle hizo conocer un conjunto de artículos sobre *Psicología según*

4 Manuel Ancízar, "Estudio de la filosofía", Diario de La Habana, abril 17 de 1831.

5 Sobre Cousin y su época: Jules Simón, Victor Cousin, Librairie Hachette, Paris, 1891; M. Mignet, Nouveaux éloges historiques, Librairie Académique, Paris, 1877; M. Leroy, Histoire des idées sociales en France, Librairie Gallimard, Paris, 1962; Pierre Rosanvallon, Le moment Guizot, éditions Gallimard, Paris, 1985.

la doctrina de Cousin. Entre tanto, revistas como la *Cartera cubana* contenían los artículos de un agudo Filolezes, seudónimo del influyente escritor cubano José de la Luz y Caballero, quien se convirtió en el más tenaz contradictor de la novedad del eclecticismo. Esta fue la época de debates ideológicos mejor conocida como la *polémica cubana*, en la que se discutió intensamente acerca de los métodos de enseñanza de la filosofía en la isla; se evaluó la filosofía de Condillac y se expuso abiertamente la corriente de Cousin. La importancia de esta polémica en Cuba reside en que difuminó el tema por el resto de América. Por aquella misma época, 1840, Andrés Bello en Chile ya concebía su *Filosofía del entendimiento* y traducía la *Refutation de l'eclectisme*, escrita por Pierre Leroux, un discípulo inconforme de Cousin".

Pero si en Cuba había sido espectador de la polémica en torno a la recepción de una nueva corriente filosófica, en Caracas le esperaba la obligación de asumir un papel protagónico, puesto que llegaba como un conspicuo exponente de la filosofía de Cousin. Al llegar a reemplazar a su amigo Fermín Toro en la cátedra de filosofía del Colegio de la Independencia de Caracas, le correspondió continuar una polémica que había quedado a mitad de camino entre un sólido exponente del sensualismo, el maestro Rafael Acevedo, y su amigo Toro que era responsable de introducir el espritualismo francés.

El racionalismo espiritualista de Cousin había hallado en Fermín Toro a su máximo exponente. Hombre de vasta cultura, Toro conocía la obra de Tenneman, Cousin, Reid y Damiron; difundía en su cátedra esa mezcla de razón y mediación divina que servía de base para rechazar la filosofía del siglo XVIII representada por el sensualismo de Condillac y Destutt de Tracy.

Además de continuar la senda trazada por Fermín Toro, Manuel Ancízar se encargó

de sugerir un nuevo método de enseñanza de la filosofía que, de inmediato, propició la reacción del avisado filósofo Rafael Acevedo. El 2 de septiembre de 1839, en la lección inaugural que leyó a sus alumnos, Ancízar consignó su mensaje antisensualista, su afirmación de la preeminencia de las ideas innatas y la exaltación de la razón como una facultad absoluta y superior:

El hombre sin la facultad de pensar jamás hubiera tenido conocimiento de su propia existencia, ni de la de los seres que le rodean, porque pensar es afirmar, y la existencia no es otra cosa que una afirmación absoluta. "*Cogito ergo sum*", dijo con profunda exactitud un filósofo del siglo XVII, encerrando en esta frase la última expresión de la filosofía. Hay una hora solemne en la vida del hombre, en que por la primera vez se piensa, se conoce, y se distingue de todo lo que no es él, manifestándose a los ojos de su conciencia la grandeza de su ser como racional, y al propio tiempo la limitación de sus facultades como ente sensitivo, o *sujeto*. Este primer pensamiento, sin antecedentes a que referirse, es sin duda espontáneo, y esencialmente sintético: más enseguida entra la reflexión a examinar minuciosamente las verdades reveladas por el pensamiento espontáneo, y se convierte en analítico. Son, pues, dos los momentos fundamentales del pensamiento: la espontaneidad y la reflexión. La espontaneidad nos revela la existencia de un poder inmaterial dentro de nosotros mismos, superior a nosotros, que levantándonos de la condición de los demás animales, nos hace distinguir de ellos, y nos acerca a la divinidad. Este poder, -señores-, es la *razón*: poder cuyo origen no encontramos en las sensaciones ni depende de nosotros, porque a pesar nuestro nos reprende a veces, nos infunde el conocimiento de la verdad absoluta, y por más que intentemos sacudirlo, se atraviesa entre nuestra espontánea y nuestro constante convencimiento.⁷

El debate entre Acevedo y Ancízar se prolongó durante el año siguiente, cuando el joven profesor de filosofía educado en La Habana publicó su traducción del inglés de los *Elementos de lógica* del sacerdote dublinés Richard Whately. De ese libro sólo conocemos los manuscritos de algunos capítulos que nos insinúan un texto que sirvió para complementar sus posteriores *Lecciones de psicología y moral*. En la primera lección de la obra que tradujo, se afirmaba que la lógica

es el arte de dirigir la inteligencia en la investigación de la verdad, teniendo por instrumento la generalización y el raciocinio. Por tanto, la lógica, que tiene por antecedente científico a la psicología en

6 Sobre la historia de la filosofía en Cuba: Roberto Agramóme, *Los grandes momentos de la filosofía en Cuba*, Universidad de La Habana, Cuba, 1950; Medardo Vitier, *La filosofía en Cuba*, Fondo de Cultura Económica, México, 1948.

7 M. Ancízar, *El Liberal*, Caracas, septiembre 4 de 1839. Las polémicas de Rafael Acevedo con Fermín Toro y, luego, con Ancízar, están recreadas por Rafael Fernández Heres en su reciente libro *La educación venezolana bajo el signo de la Ilustración (1770-1870)*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1995, pp. 611-634.

cuanto nos demuestra cuáles son las funciones de la inteligencia, y por fundamento dos principios arquetipos incontestables, es un arte rigurosamente exacto en la teoría y excelente en la práctica⁸.

Gracias a esta publicación, el debate se precisa en torno al método de enseñanza de la filosofía y, más exactamente, acerca del lugar que vendría a ocupar la ideología. Semejante a su artículo periodístico de 1831, publicado en La Habana, Ancízar se inclinaba por caminar desde lo más concreto hasta lo más abstracto, desplazando la ideología del lugar preeminente que le otorgaba en su enseñanza el maestro Acevedo. Ancízar partía en su cátedra de la gramática general, luego la lógica y enseguida la ideología. Por eso, ante la publicación de Ancízar, su contradictor se apresuró a anunciar que publicaría su traducción de los *Elementos de lógica* de Delarivière, un rezago de la escuela sensualista. La polémica era, en consecuencia, una lucha por imponer textos y métodos de enseñanza que difundieran una u otra tendencia filosófica. Y, a decir verdad, la novedad propagada por Fermín Toro y luego por Ancízar estaba en desventaja con respecto a los demás colegios de Venezuela y la Universidad de Caracas, donde predominaba la enseñanza de las doctrinas de Condillac.

La disputa entre Ancízar y Acevedo sirvió, en todo caso, para que aquel se animara a formular de manera más explícita su credo filosófico. Atribuyéndole a un "ilustre maestro americano" -podría referirse a alguno de los González del Valle- el haber aprendido a apreciar el nexo entre la filosofía y las demás ciencias, Ancízar se preocupó por demostrar que había más puntos en común que de desacuerdo entre la escuela sensualista y la ecléctica que él profesaba:

Si pues la gramática general es la teoría filosófica del

lenguaje articulado, y la lógica la teoría del raciocinio o argumentación (en el sentido estricto de esta palabra), notará Usted cuan natural es que la primera preceda a la segunda en el orden de su enseñanza, notará que no hay absurdo en decir que para la cumplida inteligencia de una y otra basta adelantarme de definiciones de lo que es idea, juicio y raciocinio, en cuanto se hallan expresados en la palabra, sin aparatos científicos ni necesidad de entrarnos por el campo ideológico adelante hasta que Dios quiera nos depare una barrera que nos contenga y notará por último que nuestra discordia proviene del diverso modo con que consideramos la lógica: Usted, como De Larivière y otros; y yo, como las escuelas escocesa y alemana, en lo cual no me atribuyo otro mérito que el de seguir las huellas de un ilustre americano a quien soy deudor de lo poco, poquísimo que sé en estas materias. ¿Qué juzgará usted si le digo que aquel maestro opinaba, además, que el estudio de la química y de la física debía preceder al de la parte especulativa de la filosofía? Creo que De Larivière se lo habrá demostrado a cada página.

Si no temiera el hastío con que para mengua nuestra se miran estas discusiones por la mayor parte que leen periódicos, tal vez me atrevería a probarle que ha sido Usted injusto respecto de Cousin y de la escuela idealista: el que es admirador de De Larivière, y con todo de ser tan elemental, haya meditado los párrafos seis, siete, ocho, y treinta, por no citar otros, no es posible que condene a Cousin y a la escuela ecléctica porque De La Rivière tiene mucho de ecléctico y en esto consiste su verdadero mérito.

Concluiré con una explicación que algunas frases de Usted han hecho necesarias para que nos acabemos de conocer: tan distante estoy en mis creencias filosóficas del idealismo de Kant, como del materialismo de Tracy; pero tampoco menosprecio ninguna de las tres grandes escuelas que han representado los progresos del entendimiento humano: todos tuvieron razón en parte, y en parte padecieron extravíos como inevitablemente sucede en los esquemas exclusivos: procuré arrimarme a la verdad en todas ellas desechando sus errores y no ceso de aconsejar a mis discípulos que respeten las opiniones de los hombres pensadores, empero sin venerarlas como dogmas ni renunciar al libre examen; "porque el error absoluto es imposible, ni hay dislate por grande que parezca que no tenga por fundamento una verdad". Así profeso y entiendo la

⁸ En el Correo de Caracas, marzo 31 de 1840, se anunciaba la suscripción a la obra traducida por Ancízar que podía adquirirse en la imprenta de El Liberal. En el Archivo Ancízar se conservan doce páginas manuscritas con las primeras siete lecciones de *Elementos de lógica*.

escuela ecléctica que, por cierto, no me parece contraria al espíritu de nuestro siglo⁹.

Ancízar se aferraba a las palabras de Cousin en su prefacio del *Manuel de l'histoire de la philosophie*. El fanatismo filosófico del siglo XVIII había sido superado por la moderación, el equilibrio, la tolerancia que parecían plasmarse fielmente en una doctrina "cómoda" como el eclecticismo que, sin aferrarse a un solo sistema filosófico, escogía de aquí y de allá definiciones sobre lo bello, lo bueno y lo verdadero. Ese era el "espíritu de nuestro siglo" que preconizaba Ancízar en su enseñanza de la filosofía en Caracas¹⁰.

2. Soberanía de la Razón

La prensa venezolana anunciaba en 1845 las *Lecciones de psicología y moral*, escritas por el "abogado americano" Manuel Ancízar, como una "obra importante, cuyo objeto es introducir y popularizar entre nosotros las doctrinas eminentemente sociales y democráticas de la escuela ecléctica"¹¹. Para nosotros, la novedad consiste en que hasta ahora se creía que ese libro había sido publicado por primera vez en 1851, cuando Ancízar ya residía en la Nueva Granada. Otra novedad es que la edición caraqueña debió ser diferente y más extensa que la edición publicada, en Bogotá, en la imprenta de los hermanos Echeverría. Lamentablemente, no conocemos un ejemplar de la edición de 1845; pero si nos atenemos al título y a los manuscritos conservados, la edición venezolana contuvo un aparte dedicado al tema de la moral que fue, por algún motivo, suprimido en la

edición de 1851¹². Advirtamos con dejo de ironía que esta novedad puede pasar desapercibida, puesto que pocos comentarios y exámenes ha suscitado esta obra de Ancízar.¹³

Antonio Gramsci, siempre sugestivo en el estudio de los intelectuales, habló de categorías de actividad intelectual. El grado más elevado, según el pensador italiano, pertenecía a los creadores en la ciencia, la filosofía y el arte; el grado más bajo correspondía a los administradores y divulgadores de saberes creados por otros. Sin duda, en esta categoría merece ubicarse al Manuel Ancízar que redacta y publica las *Lecciones de psicología y moral*¹⁴. El propio Ancízar se adelantó a reconocer su papel subordinado en las notas introductorias del libro que, entre otras cosas, dan cuenta del estrecho conocimiento del divulgador Ancízar de la obra más reciente de Cousin y su discípulo Damiron:

De estas Lecciones tan solo me pertenecen los defectos de redacción y de una que otra esplanación doctrinal, pues el fondo de ellas lo he tomado del Curso de Filosofía de Felipe Damiron, y para casi todas las ampliaciones me he servido de las ideas de Víctor Cousin, esparcidas en su Historia de la Filosofía, en los Fragmentos, y en el Curso de 1840 a 1841¹⁵.

Hecha la salvedad, la obra de Ancízar no escapa de la tradición de buscar en la lógica y en la psicología justificaciones para la actividad política. Por eso, la misma nota introductoria contiene este otro mensaje:

Ruego -decía Ancízar- que no se juzgue este compendio de las teorías eclécticas ciñéndose a lo que en él literalmente aparece, sino examinando la índole de los jérmenes que tienden a sembrar en la inteligencia de los jóvenes, i teniendo en cuenta la feliz aplicación que de ellas puede hacerse a nuestro régimen social: consideración importante para nosotros, pues si en estos tiempos la Filosofía ha dejado de ser tanjente a la vida humana, aquella nos traerá mayores beneficios, que más propenda a vigorizar nuestros principios políticos, i los dogmas cristianos que de nuevo van tomando posesión del mundo.¹⁶

No escapó pues Ancízar en estas *Lecciones* de la enorme tradición de fundar científicamente la política y la moral, creyendo encontrar

9 Carta de Manuel Ancízar a Rafael Acevedo, Correo de Caracas, septiembre 29 de 1840.

10 Cousin decía: "Cette préention de ne repouser aucun systéme et de n'en accepter aucun tout entier, de choisir dans tous ce qui paraitvrai etbon et par conséquent durable, cette préention, d'un seul mot, c'est l'électicisme". En el prefacio del *Manuel de l'histoire de la philosophie*, Librairie de Ladrangé, París, 1839, p. viii.

11 Así anunciaba, por ejemplo, *El Liberal* de Caracas, mayo 3 de 1845.

12 El Archivo Ancízar conserva los manuscritos de *Lecciones de moral*. Según notas marginales, pudieron ser redactadas durante su estadía en Valencia. Estos manuscritos los incluiremos en el análisis y apelaremos a la edición publicada por la imprenta del Neogranadino.

13 Reseñamos un raquítico comentario de Telmo Peña, "La psicología durante el siglo XIX", en *Historia social de la ciencia en Colombia*, tomo IX, Colciencias, Bogotá, 1993, pp. 119 y 120.

14 Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, Ediciones Era, México, 1985, tomo II, p.

15 M. Ancízar, *Lecciones de psicología*, Imprenta del Neogranadino, Bogotá, 1851, pp. I y II.

16 *Ibidem*.

en la filosofía una ciencia integral del hombre. La filosofía europea tenía desde los tiempos ilustrados esa intención, más marcada en el siglo XIX, cuando los conflictos políticos inherentes al nacimiento y formación de nuevas clases sociales volvía vital la adecuación de la filosofía a intereses políticos.

Según definición de Andrés Bello, "el objeto de la filosofía es el conocimiento del espíritu humano y la acertada dirección de sus actos"¹⁷. Las filosofías del entendimiento parecían cumplir con la función de describir y explicar las operaciones del entendimiento humano y, enseguida, fundamentar, mediante reglas, una dirección de los actos. Vista así, la filosofía se reducía a una psicología y a una moral. Y a esa tradición pertenecieron: *Locke, Ensayo acerca del entendimiento humano; Berkeley; Tratado sobre los principios del conocimiento humano; Condillac, Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos; Hume, Ensayos filosóficos sobre el entendimiento humano*. Quizá fue Andrés Bello quien tuvo el honor en América Latina de prolongar y aclimatar esa tradición, cuando tradujo entre 1802 y 1807 la obra arriba mencionada de Locke. Para quienes estaban próximos a asumir la dirección de las jóvenes sociedades de la postindependencia, les urgía adoptar una concepción filosófica que legitimara su existencia y su preponderancia políticas. Las filosofías del entendimiento contribuyeron a satisfacer ese propósito y, por tanto, podríamos decir que cumplían una función ancilar. A ellas se recurría para legitimar nociones de soberanía, de representatividad política, de dominio social. Acaso por ese motivo, Ancízar se unió a esa tradición con sus Lecciones de psicología y moral.

Ancízar se ciñó al esquema de comenzar por un examen histórico de las escuelas filosóficas que hasta el "siglo inmediato pasado" habían dominado el panorama. Igual ejercicio se encuentra en las obras de

los hermanos González del Valle y así lo hizo Cousin en su prefacio del *Manuel de l'histoire de la philosophie*. ¿Porqué parte del siglo XVIII? El argumento de Ancízar es categórico: "(porque) acaso por la primera vez, la filosofía descendió por fin de las abstracciones metafísicas a las aplicaciones prácticas en política y en moral"¹⁸. Después de examinar someramente los fundamentos de la escuela de la sensación, del idealismo, del escepticismo y del misticismo, Ancízar culmina demostrando "la oportunidad y necesidad de la escuela ecléctica". Y con esa escuela admite que, en orden jerárquico, conciencia, sensación y revelación conforman las tres grandes fuentes del saber. La apelación a la conciencia parece provenir de la filosofía alemana, especialmente de Kant y Hegel; la admisión de la sensación proviene de aceptar en parte los legados del sensualismo; reconocer la revelación es el más nítido abandono de los lemas de la Ilustración filosófica. Bien explicaba Ernst Cassirer que "la filosofía de la Ilustración trata de mostrar, en un mismo proceso de emancipación espiritual, la autonomía de la naturaleza y del entendimiento"¹⁹, de lo que se desprende que resultaba inaceptable cualquier mediación extraña, superior o divina. Por eso el eclecticismo conquistó rápida y mercedamente el calificativo de "filosofía cómoda" que hacía concesiones a varios sistemas sin constituir ella misma un gran sistema de pensamiento filosófico.

En la exposición del método o proceso del conocimiento, recalca que la psicología es la "ciencia del alma" que observa las funciones de nuestro espíritu y que su método de observación se basa en la conciencia, "operación natural y común a todos los hombres" que suministra la información para el estudio de los hechos del espíritu, y esa información no es otra que "las nociones generales *apriori*"²⁰. En adelante, Ancízar se dedica a describir los atributos del alma que, en términos más apropiados de Andrés Bello, equivale al "sujeto que percibe", "al espíritu que entiende" y los atributos que posee para cumplir cabalmente con ese proceso del entendimiento.

Después de estudiar los atributos y facultades del alma considerada en sí misma, pasa a la parte más interesante que es el estudio del alma en relación con el concepto de libertad, en relación con el hombre y la sociedad, en su relación con la naturaleza y, por último, en relación con Dios. Sin duda, cuando llega al momento de analizar las relaciones del alma con la sociedad, sus *Lecciones* se tornan más interesantes, porque es el momento en que asume una posición acerca de las condiciones ideales de una sociedad. Acepta que, por naturaleza, "todos los hombres traen un mismo origen; todos se hallan dotados de alma inteligente, amante y libre, servida por órganos semejantes de sensación, expresión y locomoción"; pero constituida la sociedad, esa natural igualdad se desvanece y se imponen, como elementos diferenciadores entre los hombres, "sus disposiciones individuales para la industria y las ciencias estableciéndose un sistema ordenado, en el cual si bien todos los

17 Andrés Bello, *Filosofía del entendimiento y otros ensayos*, Ediciones del Ministerio de Educación, Venezuela, 1951, p. 5.

18 M. Ancízar, Op. Cit. p. 3.

19 Ernst Cassirer, *Filosofía de la Ilustración*, Fondo de Cultura Económica, México, 1943, p. 56.

20 M. Ancízar, Op. Cit., pp. 59-65.

asociados tienen deberes que llenar y derechos de que gozar, no son iguales para todos ni enteramente comunes a la generalidad, sino que muchos son peculiares al lugar social que los individuos van ocupando según su capacidad y su mérito".³¹

Esta concepción meritocrática de Ancízar deja evidente su filiación con el liberalismo moderado de los doctrinarios franceses. Además de Cousin, debió conocer con algún detalle los escritos de Francois Guizot, quizá uno de los más hábiles exponentes ideológicos de ese liberalismo basado en un balance muy crítico de los resultados de la Revolución Francesa. Para Guizot, la noción de capacidad consistió en el otorgamiento de una trascendencia radical a la razón como atributo superior de determinados hombres, como línea de demarcación entre dominantes y dominados. Quienes estaban facultados para actuar según su nivel de posesión de la razón, tenían el derecho de ser los ciudadanos activos de la sociedad y asumir el papel de los selectos individuos gobernantes. Esta ideología excluyente, reevaluada del principio de la igualdad civil, sedujo a todos los matices del liberalismo latinoamericano. Las nuevas generaciones republicanas encontraban en semejante argumentación a favor de la razón y las luces una justificación de su activa participación política, una vía expedita para adquirir el derecho de gobernar las jóvenes sociedades.²²

Pero en el libro de 1851, la exposición de Manuel Ancízar de esta teoría diferenciadora sobre las capacidades es incompleta. Prefiere concluir el libro de la siguiente manera: "este es el resumen de todo lo que enseña la Psicología o estudio del alma *tal como ella es*: partiendo de estos datos se llega naturalmente a la Moral, o estudio del alma *tal como ella debe ser*". Esa

parte dedicada a la moral era, precisamente, la que con mayor generosidad contenía la sustentación del ideal de una nueva aristocracia intelectual y política que se elevaba gracias a los méritos acumulados por el saber y la riqueza. Concepción elitista, señaladora de la relativa democracia del mérito y las capacidades. Y son esas lecciones de moral las que quedaron conservadas en forma de manuscritos, acaso porque el propio Ancízar revaluó los alcances de aquellas tesis.

Como el fin de la moral "es averiguar el fin a que debe encaminarse la vida, i los medios de que puede valerse el hombre para alcanzarlo", Ancízar dedicó estas lecciones, sobre todo, a definir las funciones de los hombres dotados del atributo de la razón en las sociedades políticas. Parte, como fundamento doctrinario, del principio de "la desigualdad personal", rotunda relativización del principio de la igualdad que había trascendido con los defensores de la soberanía del pueblo desde la época de Rousseau. La igualdad absoluta, decía Ancízar, trasvasada a lo político, destruía "el principio altamente social de las recompensas señaladas, para las grandes virtudes, negándose al propio tiempo la capacidad que tienen los individuos de levantarse por los esfuerzos de su espíritu"²³. Reclamaba, en consecuencia, la selección de los mejor capacitados para ingresar a la esfera de lo político.

Había una división "natural de los asociados" en cualquier sociedad política, basada, según reflexión de Ancízar, en "diferencias accidentales pero importantes de organización, grados diversos de ilustración o de riquezas, i otras muchas circunstancias individuales que tienden a diferenciar los hombres". Doctrina nueva de la representación política, esta teoría meritocrática terminaba por imponer la idea de hombres superiores e inferiores, gobernantes y gobernados, dominantes y dominados. La ecuación burguesa de razón más riqueza que daba como resultado poder político.

Pero no era del todo nueva la posición defendida por este joven liberal que se acomodaba a los procesos de construcción de nación en las imberbes repúblicas del sur de América. En Destutt de Tracy hay argumentaciones parecidas en torno a las élites "predestinadas" para lo político, más tarde Comte defiende la idea del "poder espiritual". La novedad residía que, gracias a la ayuda del eclecticismo de Cousin, se podía hablar de una soberanía de la razón que, por un lado, relativizaba el principio de la soberanía del pueblo y, por otro lado, hacía una sutil concesión a aquellos defensores del derecho divino. Por eso el tipo de sabio que reconoce Ancízar es un "creyente apoyado en la ciencia". Y un sabio de esta dimensión está en capacidad de hacer "el ejercicio práctico de la justicia"²⁴.

21 Ibidem, pp. 302 y 303.

22 Ancízar debió conocer los *Origines du gouvernement représentatif* de Guizot. Sobre la argumentación del historiador y político francés en torno a la "soberanía de la razón", recomendamos la obra ya mencionada de Pierre Rosanvallon, *Le moment Guizot*, sobre todo el capítulo IV titulado "Le sacre des capacités", pp. 107-139.

23 M. Ancízar, "Lecciones de moral", manuscrito conservado por Archivo Ancízar.

24 M. Ancízar, manuscritos de "Lecciones de moral".

Trascendencia de la razón y la justicia, adquisición de méritos que sirven para diferenciar entre superiores e inferiores, entre fuertes y débiles, así podía nacer un cuerpo político especializado, una élite segura de sí misma, el grupo de hombres ilustrados que, en palabras de Ancízar, tenía el deber de educar al pueblo para la práctica de "las virtudes públicas". Con toda franqueza, estos nuevos intelectuales, con sentimiento de pioneros, de hombres constructores, se autoconferían funciones paternas y se reconocían como la representación de la nación, desplazando a aquellos individuos que no habían alcanzado los privilegios de las luces, como lo hace aquí Ancízar al decir que: "La porción de los asociados que, por haberse encontrado en circunstancias desfavorables al cultivo i progreso de la inteligencia, no han podido atesorar las luces necesarias para representar la nacionalidad de su país, esa porción que hemos denominado *los débiles*, encuentra en los fuertes

protección, dirección y consejo".²⁵

La razón, la ciencia, la riqueza otorgaban a estos nuevos hombres las facultades reguladoras sobre el resto de la sociedad. Esos factores definían la representatividad política. Y fue en la filosofía ecléctica de Cousin, en el frágil hegelianismo de esta escuela francesa y, quizá todavía más, en los postulados de teoría política del astuto Guizot, donde Ancízar y muchos jóvenes liberales imbuidos de una misión pionera e ilustradora encontraron una justificación de sus ambiciones, de su búsqueda de reconocimiento. Era la teoría de la soberanía de la razón, la "teoría del siglo", como la entiende Rosanvallon, la que le sirvió a Ancízar como el mejor pretexto explicativo para formular su deseo de distinguirse, de situarse en un papel relevante, constructor, dominante en las nacientes repúblicas.

²⁵ M. Ancízar en los ya citados manuscritos de "Lecciones de moral